

GEOMETRIAS DE LO ARTIFICIAL

Arquitectura y proyecto

▼ Ante los profundos cambios que están realizándose en el marco de la profesión y en el marco de la producción arquitectónica en general, esta entrega de ASTRAGALO se dedica a una reflexión sobre el proyecto arquitectónico. Al interrogarse sobre la naturaleza del proyecto y de sus implicaciones en los procesos de la producción arquitectónica, la pregunta nos remite a una genealogía donde se avanza desde un proceso empírico a un proceso de diseño previo –acompañado de la consolidación de la figura del arquitecto– y posteriormente a la constitución de un campo cultural del proyecto cuya función podemos decir es la de un referente.

5

En esa genealogía nos es señalado el proceso evolutivo de una actividad que se desplaza de la realidad y el ámbito antropológico de las construcciones del hombre en ámbitos cada vez más abstractos y conceptuales. El desarrollo teórico a partir de la tradística, los planteamientos utópicos de la Ilustración, la sociología moderna, la semiología serían algunos de ellos. Asimismo vemos cómo en el proceso del proyecto arquitectónico se incorporan discursos elaborados desde los márgenes de la disciplina mientras que en los postulados teóricos que desarrolla la modernidad, tanto en arquitectura como en el resto de las artes, defiende la autorreferencialidad de la obra y la rotura con los procesos tradicionales de referencias externas al hecho artístico como la fe, el poder, las referencias estilísticas...

La rotura del proyecto con el academicismo, el deseo de volver a establecer lazos con lo más sustancial de las tradiciones populares y recuperar lo más auténtico e inmediato de la expresión no sería más que el espejismo de un espíritu moderno,

libre e innovador, que no tardaría en crear las nuevas académicas y confinarse después en ellas.

La representación de los grandes temas a través de la arquitectura se perpetuaría en el proyecto de las vanguardias dedicado en la simplificación de la utopía; de aquella coherencia entre sociedad, producción y estética que lograría la reforma social. Las concreciones formales del proyecto moderno explorarían principalmente la interpretación del espacio y la aplicación de los nuevos procesos constructivos. El discurso de la ciencia y su lanzadera, la industria, determinarían el carácter de la arquitectura moderna en su compromiso con los procesos de producción. Mientras que el desarrollo de las tecnologías de la comunicación marcaría un segundo punto de inflexión en el proceso moderno. La extraordinaria aceleración de los procesos de creación de lenguajes, la intercomunicación entre disciplinas del pensamiento, la tendencia a la unificación cultural a través de los medios de comunicación provocarían los grandes cambios culturales de nuestra época. La propia interpretación de la historia cambia radicalmente. Desaparece la visión unitaria y el fin de la historia. Sucede el apogeo de la sociedad de los medios de información y el triunfo total del capitalismo con el predominio del valor económico sobre cualquier otro valor. La cultura del proyecto se instalaría sobre estas directrices.

6

El fragmentado discurso de la historia incidiría de nuevo en el proyecto de la arquitectura de la posmodernidad y con él la gran divulgación de ideas de todo tipo de procedencia a través de los canales de comunicación de masas. En el seno de un pensamiento de la multiplicidad y la fragmentación, de una cultura analítica y hermenéutica el núcleo del proyecto históricamente constituido sobre la idea salta en fragmentos, en intencionalidades dispersas, sobrepuestas. La idea central en su sentido platónico, la idea identificada con la forma, la idea convertida en praxis se retira dando lugar a actividades múltiples performativas. Y es precisamente en esa infinita fragmentación y multiplicidad donde radica la homogeneidad de las producciones de hoy, como señala Vittorio Gregotti.

Si todo momento histórico ha formulado un modelo analítico de interpretación, el que formula nuestro momento histórico se fundamenta sobre los conceptos de apertura, multiplicidad, fragmentación, diseminación; un modelo que se asimila al modelo informático. Si en todo momento histórico el pensamiento teórico y la acción se encuentran en continua confrontación e intercambio de experiencia, en nuestra época se reconcilian por el uso del mismo instrumento: el uso generalizado de la informática. El instrumento determinará definitivamente el producto. El producto arquitectóni-

co se convierte en representación del medio. El modelo informático permite una infinitud de posibilidades combinatorias, adiciones, superposiciones, simulaciones..., pero al contrario que el modelo estructuralista, imposibilita una metodología en la interpretación del hecho proyectual; sus enunciados constituyen una particular manera de interrogar un proceso.

Partiendo de un camino trazado por la historia del arte, un camino que lleva del arte del objeto al arte del concepto, el carácter artístico de la arquitectura de hoy llega al punto de adquirir la forma más especulativa de su historia; donde una teoría llega incluso a sustituir el objeto artístico. La carga conceptual del proyecto se desarrolla como proceso en sí a través de sus propias leyes independientemente de su finalidad, el objeto, convirtiéndose en fin en sí mismo. El concepto de proyecto asume realidades, significados, referencias múltiples. Deviene término ambiguo, al designar al mismo tiempo un producto y un proceso en el que concurren e interfieren la actividad crítica, teórica, creativa, operativa, productiva, etc. En el marco de la estética del concepto el proyecto viene a asumir una función cultural, que más allá de su relación con la praxis arquitectónica se configura como una forma de conocimiento.

Así que la representación del hecho construible ya no es la única razón del proyecto arquitectónico ni es suficiente. El proyecto representa su propio proceso de generación. De éste trasciende un discurso filológico o un discurso plástico con una voluntad comunicativa que domina sobre su función instrumental. Asistimos a una reflexión sobre el signo representándose a sí mismo. La reproducción comunicativa sigue las normas del mercado de las imágenes que garantizan el éxito de los productos en el consumo de masas.

7

Esta poética del proceso significa una inversión de la definición clásica del proyecto. De su tradicional función anticipativa, el proyecto pasa a asumir una función referente. El interés de este tipo de estrategias proyectuales no reside tanto en el valor ejemplar del resultado como en la formulación, elaboración del proceso que conduce a ese resultado. La «no arquitectura» de D. Libeskind, las estrategias programáticas –no formales– de R. Koolhaas representarían esta poética del proceso.

La confrontación con la realidad de estas estrategias proyectuales que aquí hemos llamado «Geometrías de lo artificial» abriga a veces actitudes escapistas o nostálgicas, y otras asumen la propia realidad dislocada, caótica, fragmentada, de nuestra civilización, haciendo de ella condición del proyecto. Premonitorias, en este sentido, han sido las imágenes de las *Carceri* de Piranesi como lectura negativa del iluminismo según la ver-

sión de L. Fores que compara estas visiones distorsionadas con las imágenes de la megalópolis contemporánea. El proyecto contemporáneo, contrariamente a las vanguardias históricas, no pretende cambiar el estado de las cosas sino interpretarlo y asignarle un valor. La nueva sensibilidad procede con una labor de arqueólogo desocultando el sentido y significado de lo que nos rodea. R. Koolhaas habla de «estrategia retroactiva: bombardeo especulativo que, mediante cargas conceptuales e ideológicas, es capaz de otorgar un sentido, un significado incluso a las situaciones más degradadas».

El compromiso con la realidad busca para la obra su inserción en un específico tiempo cultural e histórico; su dotación de sentido, como indica R. Fernández. La tarea del intelectual, del artista, del arquitecto parece que es elaborar ese proceso con los medios que el tiempo histórico le proporciona. El valor del proceso creativo como integrante cultural es así señalado desde determinadas tendencias arquitectónicas que se interrogan, como P. Eisenman, sobre «la función y el valor de la arquitectura, en un contexto cultural en mutación continua», refiriéndose a la era de la comunicación, o como J. Nouvel, para quien «la arquitectura no consiste en la organización de espacios, volúmenes, etc., sino en la introducción de valores culturales de civilización y de sensibilidad en lo construido.

8 La explicación del propio mecanismo creador del proyecto, la explicación en la que se prolonga, a la que se debe y con la que responde la arquitectura se convierte entonces en algo más importante que la obra misma. En esta noción del proyecto representando sus propios procesos y mecanismos la representación del objeto, del resultado, se revela insuficiente. El énfasis se sitúa en demostrar, representar el proceso. Al analizar las publicaciones de arquitectura, resulta revelador cómo las visiones clásicas, visiones perspectivas, han dado paso a representaciones prospectivas que, alejándose de esta voluntad representativa del objeto terminado, muestran, representan muy específicamente las diferentes etapas del proceso, los diversos mecanismos formulados, en una formulación del proceso *per se*: sistemas de superposiciones de bandas programáticas, estallido y reestructuración de fragmentos compositivos, *collages*, etc. La correspondencia entre determinado pensamiento o hacer arquitectónico y su modo de representación es revelador de una situación cultural en que los términos significante/significado al confundirse marcan no sólo la desaparición de las teorías formalistas o funcionalistas, sino quizás también la desaparición de la función práctica/útil de la Arquitectura. Está en juego la definición misma de la Arquitectura, su deontología. ¶